

El desarrollo de los valles irrigados
Documento institucional
EEA Valle Inferior
Provincia de Río Negro

El objetivo central del INTA es contribuir a la competitividad del sector agropecuario, forestal y agroindustrial en todo el territorio nacional, en un marco de sostenibilidad económica, ecológica, social y cultural.

Prioriza entre sus acciones la generación de información y tecnologías para procesos y productos de este vasto sector, poniendo los mismos al servicio del productor rural a través de su sistema de extensión.

Más específicamente, contribuye a la competitividad de las cadenas agroindustriales, el incremento continuo de las exportaciones, el acceso a nuevos mercados, la preservación de la salud ambiental, la sostenibilidad de los principales sistemas productivos y los agroecosistemas, manteniendo la potencialidad de los recursos naturales, fortaleciendo la inclusión social y el desarrollo territorial, integrando las economías regionales y locales a los mercados internos e internacionales, con generación de empleos e ingresos que disminuyan los niveles de pobreza rural-urbana.

Yendo a lo particular, la misión reservada a la EEAVI es la promoción del desarrollo sustentable y equitativo encuadrado dentro de lo expuesto en el párrafo anterior, atendiendo a la problemática agropecuaria mediante la generación, adaptación y transferencia de tecnologías adecuadas. Es en ese marco en el que fue analizado el Proyecto de referencia.

La situación internacional

La población mundial está creciendo en unos 80 millones de personas por año (más de 200.000 por día). Las previsiones más confiables estiman que en los próximos 30 años rondará los 9.000 millones de habitantes. Impulsado por el crecimiento registrado en los países emergentes, particularmente China e India, en los últimos 20 años el poder adquisitivo de los sectores que reciben más de USD 5.000 por año ha aumentado, pasando de representar el 28% del total mundial al 42% en la actualidad. Simultáneamente, según palabras del Secretario General de Naciones Unidas¹, “... el número de personas que actualmente padece hambre, 1.200 millones, es el mayor que se haya registrado jamás en la historia de la humanidad”.

Estos datos indican que se dan tres fenómenos concurrentes: aumento del número de personas, aumento del poder adquisitivo de una parte importante de la población y

¹ Ban Ki-moon, Informe anual sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio, 23 de junio de 2010.

pobreza extrema significativa en otra alta proporción, pobreza que "... debe caer al 15% en 2015"² según los objetivos de Naciones Unidas. Esta caída significaría incorporar al mundo del consumo ampliado 3% del total de la población proyectada al 2015, lo que en términos absolutos implica otros 200 millones de habitantes³.

La consecuencia inmediata de estos cambios es la expansión de la demanda internacional de alimentos y, mucho más fuerte, la de los cultivos. Esto último obedece a dos razones: al aumentar la población aumentan simultáneamente los requerimientos de volúmenes de producción agrícola, pero este incremento se agudiza porque al mejorar el poder adquisitivo de poblaciones anteriormente muy carenciadas hay un cambio de hábitos de consumo, pasándose de la casi exclusividad de vegetales (arroz, maíz, cereales y leguminosas) a carnes. A su vez los animales requieren mayores cantidades de vegetales para su alimentación. Esta pérdida de energía por la subida en la escala trófica implica una mayor presión sobre la agricultura.

La agricultura está respondiendo al desafío. En los últimos veinte años ha duplicado su volumen. La ganadería extensiva ha crecido mucho menos. Desde 1961 a la fecha la producción de carne bovina se expandió apenas un 47% y la ovina 8%⁴. Por el contrario, las carnes alternativas, particularmente cerdos y aves, están creciendo al ritmo de la población y en algunos casos aún más. Pero todavía falta y las previsiones de Naciones Unidas estiman que la producción de alimentos debería aumentar un 40% en los próximos 40 años para satisfacer la demanda de ese momento.

Existe para ello una limitante importante: se está muy cerca de la máxima ocupación espacial posible y no quedan muchas tierras aptas para el cultivo de alimentos sin explotar. Se suma a ello un requerimiento fuerte de biocombustibles, que mayoritariamente provienen de cultivos agrícolas. El crecimiento futuro de ambas actividades sólo puede provenir de avances tecnológicos.

En síntesis, mayor población mundial, mayor poder adquisitivo de una parte de ella y mayor inclusión de otra, paralelamente al desarrollo de los biocombustibles, revalorizan aquellos países que, como la Argentina, producen mayor cantidad de alimentos de los que consumen. Para aumentar esa revalorización deben considerarse además otros factores, tales como el aumento de los precios de los productos agropecuarios, la utilización especulativa de los commodities como reserva de valor, la depreciación mundial del dólar estadounidense, el aumento del costo del petróleo y el consecuente incremento del valor de los fletes, los problemas climáticos y el aumento de la presión sobre los recursos naturales en el planeta. Todo ello explica el interés de distintos países, entre ellos China, en regiones donde aún es posible la expansión de la producción de alimentos.

La situación nacional y regional

La Argentina ha reaccionado positivamente ante estos estímulos internacionales. En los últimos 20 años se cuadruplicó el área cultivada con oleaginosas y cereales a expensas de usos menos rentables de los suelos (particularmente la ganadería extensiva); se

² Idem.

³ Los mayores aumentos en la demanda de alimentos se han dado en los países de bajos ingresos y con déficits alimentarios.

⁴ Estadísticas de FAO. En el mismo periodo, la población aumentó 122% (Fuente: UNICEF).

duplicó la producción por hectárea de los cultivos; la superficie con cultivos de segunda se multiplicó por tres; se mantuvo casi invariable (aunque con fluctuaciones dentro del periodo) el stock ganadero en una superficie sustancialmente menor; se incorporaron nuevas tecnologías; se mejoró el parque de herramientas; aumentó la exportación de productos primarios y de manufacturas de origen agropecuario⁵. En resumen, hubo crecimiento.

No obstante, no se ha logrado el desarrollo agropecuario porque el crecimiento no ha sido lo armónico, equilibrado, equitativo y sostenible que fuera deseable, tanto desde el punto de vista económico, como político, social, ambiental y cultural. Es así que el número de explotaciones ha disminuido un 21% entre los censos agropecuarios de 1988 y 2002 (14 años), y otro 17% entre 2002 y 2008 (6 años). En los últimos veinte años hay, aproximadamente, 146.000 establecimientos menos que los 421.000 de 1988, o sea, desaparecieron algo más de una cada tres EAP's preexistentes. Están desapareciendo entre 7.000 y 10.000 productores por año. Como consecuencia del proceso, la superficie promedio de los establecimientos con límites definidos aumentó un 46%, pasando de 421 has en 1988 a 652 has en el 2008. Las explotaciones menores han sido las más afectadas, con disminución en el periodo de 20% de las de menos de 500 has⁶.

La concentración de la tierra continúa aumentando, ya sea por adquisiciones o por arrendamientos. En la actualidad el 70% de las tierras agrícolas se trabajan en arrendamientos, con contratos de alquiler por un año, principalmente a través de pools de siembra, fondos de inversión y empresas que siembran gran cantidad de hectáreas en distintas regiones. El 71% de la producción sojera está en manos del 12% de los productores⁷. Asimismo, la mayor parte de la propiedad del ganado vacuno está en manos de empresas que continúan con la cadena, es decir, operadores como frigoríficos o supermercados, que son sus actuales propietarios⁸.

En la región patagónica el panorama es el mismo, aunque con menor intensidad porque casi no hay agricultura. Pero el tamaño promedio de las explotaciones creció un 32% (33% en Río Negro), desaparecieron más de la cuarta parte de la cantidad de explotaciones y la población rural disminuyó 16% (24% en Río Negro). La disminución poblacional trae aparejada la paulatina destrucción del tejido y la infraestructura rural (camino, electrificación, telefonía, servicios de correo, comisaría, escuelas, salas de salud, etc) realimentando el abandono del campo, el deterioro y la fragilización ambiental, así como la consecuente concentración de los expulsados en la periferia de las ciudades mayores, generando una demanda suplementaria de vivienda, trabajo y servicios. Al mismo tiempo que se pierden capacidades (en algunos casos de difícil reposición), se incrementa la oferta de mano de obra de escasa calificación y sin experiencia en el trabajo urbano, que enfrenta una demanda pobre y de baja flexibilidad, creando bolsones de marginalidad y exclusión, con sus negativas consecuencias.

⁵ Como consecuencia de todo ello se multiplicaron notablemente los precios de los campos, aunque la tierra continúa con valores bajos a nivel internacional.

⁶ Censos Nacionales Agropecuarios 1988, 2002 y 2008.

⁷ Datos de la FAA expuestos en diversas conferencias y publicados en Clarín el 12 de julio de 2010.

⁸ Aapresid, exposición de Víctor Tonelli, uno de los máximos referentes nacionales en temas cárnicos, en el Congreso de la institución realizado en Rosario en agosto de 2010.

Por el contrario, el desarrollo sostenible requiere intervenciones de distinto tipo: a) desde lo económico, promoviendo estructuras e iniciativas que propendan al autoabastecimiento regional, la seguridad y soberanía alimentaria de las regiones, y la exportación de excedentes o productos específicos; b) desde lo institucional, planificando un desarrollo basado en la intensificación y la productividad; c) desde lo productivo, estableciendo políticas diferenciales para los distintos tipos de agronegocios; d) desde lo social, trabajando en procesos participativos con los productores, promoviendo propuestas diferenciadas desde y para el productor rural y su familia; e) desde lo técnico, con investigación, experimentación y adaptación de tecnologías, acompañadas por la transferencia de las mismas; y f) desde lo político, con integración entre el estado y la sociedad, en un marco de concertación y abordaje conjunto de los problemas.

En un horizonte de encarecimiento progresivo de los combustibles y el consecuente aumento de los fletes, las producciones de cercanía serán estratégicas para garantizar la seguridad y soberanía alimentaria de las regiones. La producción regional patagónica sólo cubre la demanda de carne ovina, pescados y algunas frutas. En la producción extensiva hay posibilidades de mejora, pero son limitadas. Por el contrario, los valles irrigados ofrecen alternativas de desarrollo muy importantes y su puesta en valor es claramente estratégica.

En cálculos de valor agregado de la producción primaria del Valle Inferior del Río Negro realizados en conjunto por la EEAVI, el IDEVI y la Universidad Nacional del Comahue (CURZA) se llega a determinar que la hectárea bajo riego en promedio produce 40 veces más que la de secano, llegando a 600 veces más en las producciones más intensivas. Algunas de estas alternativas permitirían incrementar notablemente el valor agregado de la producción regional, generar saldos exportables y contribuir a la generación de empleo y riqueza.

En síntesis, el fortalecimiento de los valles irrigados actuales y el desarrollo de nuevas áreas irrigadas es estratégico porque: a) contribuiría a mejorar el abastecimiento regional de alimentos con producciones locales; b) permitiría hacer más sostenibles los sistemas de cría de la región, mediante la producción de forraje para suplementar bovinos y ovinos ante emergencias por sequía, así como el engorde de los animales producidos en la región; y c) aportaría notablemente a la generación de valor agregado local, empleo genuino, ingresos, etc..

Conceptos sobre el desarrollo de los valles irrigados

Las áreas irrigadas presentan una mayor complejidad que las áreas de secano. Para que funcionen correctamente se requieren sistemas de conducción de agua extra e intra-parcelaria, sistemas de drenajes y mantenimiento continuo de la infraestructura de riego.

Asimismo, las características diferenciales del aprovechamiento productivo de la tierra bajo riego llevan a la magnificación de algunos problemas. Es necesario poner énfasis en el control de plagas, enfermedades, malezas perennes y anuales, así como en cuidados y mantenimiento de la productividad del suelo.

Esto se logra con diversificación de cultivos, cultivos alternativos, rotaciones, manejo racional de los recursos naturales (conservación de capacidad productiva del suelo y uso

eficiente del agua, estudios de biodiversidad), dosis mínimas de herbicidas, manejo racional de los insumos (fertilizantes, agroquímicos, maquinarias, etc.), o sea, todo lo opuesto al monocultivo basado en el uso intensivo de los agroquímicos.

La aplicación correcta de los criterios mencionados en el párrafo anterior permite mayor captura de carbono y nutrientes, mejoras en la calidad físico química de los suelos (materia orgánica, nitrógeno, lavado de sales y actividad biológica), aumento del PBG regional, de los puestos de trabajo, la ampliación de la red social y el sostenimiento digno de la población rural.

La soja en ese contexto

Dentro de los cultivos que ya se están llevando a cabo, pero que suele presentar controversias, es conveniente analizar la soja. Desde la EEAVI se la piensa como una alternativa interesante dentro de un marco de rotación integral. A la salida de reiterados ciclos hortícolas, cuando el enmalezamiento es muy fuerte, la incorporación de la soja transgénica y el paquete tecnológico a ella asociado es una solución rápida, eficaz y eficiente. Además de recuperar estos suelos para horticultura u otros usos (ganadería, frutales, etc), genera también una salida más rápida para otros cultivos (ya que el volumen de rastrojos es bajo), mejora la secuencia agrícola, es productora de proteína y granos para la alimentación animal y, eventualmente, puede convertirse en biodiesel.

Pero las posibilidades de transformar a este cultivo exclusivo en la llave del desarrollo regional son nulas, porque no todos los suelos de la región son aptos para hacerlo, los costos de riego lo hacen muy poco competitivo o directamente inviable (según el tipo de riego a utilizarse), y el modelo de desarrollo implícito en el monocultivo no es sustentable, ni económica, ni ambiental, ni cultural, ni socialmente.

Conclusiones

En pocas palabras, la diversificación, la seguridad y soberanía alimentaria son componentes fundamentales de los procesos de desarrollo. Los valles irrigados cumplen un rol estratégico en la provisión de alimentos, en la integración con los sistemas del secano y en el sostenimiento de la población rural. El desarrollo de nuevas áreas irrigadas permitiría mejorar la producción regional de alimentos, contribuyendo a la generación de riqueza, valor agregado, empleo, y generando además especialidades y saldos exportables. Por lo tanto, es un objetivo estratégico de altísimo valor. Pero hacerlo a través de un modelo de monocultivo basado en la soja o en cualquier otro producto a gran escala, para los que, además, existen limitantes ecológicas, productivas y económicas, es técnicamente inviable y contrapuesto al concepto de desarrollo que es la meta a la que apunta la acción del INTA.

